





*Esa chica me
vuelve loca*

Kelly Quindlen



Esa chica me
vuelve loca
(She Drives Me Crazy)

Kelly Quindlen

TRADUCCIÓN DE
MARÍA GAY MORENO

Kakao  books

Primera edición: Febrero de 2023

Título original: *She Drives Me Crazy*

Editorial original: Roaring Brook Press

Copyright © 2021 Kelly Quindlen

Permission for this edition was arranged through the Galt and Zacker Literary Agency LLC. and Sandra Bruna Agencia Literaria

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2023

www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Steffi Walthall

Traducción: María Gay Moreno

Correcciones: Anabel Martínez Álvarez

Maquetación: Scarlett de Pablo

Imágenes interior: Freepik

Impreso en la UE.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez. El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-124926-6-8

Depósito legal: B 23175-2022

Thema: YFM

IBIC: YFM



*Para mi madre, que siempre vuelve a la carga,
y para Quinn Patrick, nuestro jugador estrella.*





Llevo tres años jugando al baloncesto a nivel competitivo, así que se supone que sé encestar.

Pero no.

—¡Zajac! —grita la entrenadora, haciéndome aspavientos. Me llama por el apellido porque no se acuerda de mi nombre—. ¡Deja ya de tirar a canasta! ¡Pásale el balón a otra!

Eso me resulta casi tan humillante como el tiro que he fallado hace un segundo. Juego de escolta, así que mi función es precisamente tirar a canasta, pero esta es la tercera vez que lo he intentado y el balón ni siquiera ha rozado el aro. Normalmente controlo muy bien, pero hoy es como si intentara colar una patata gigante en un túnel de viento.

El equipo rival recoge el balón y me pongo colorada mientras me dirijo al otro lado de la cancha para defender. No soy capaz de mirar a mis compañeras. Técnicamente, solo es un partido de pretemporada, pero es contra la Preparatoria Candlehawk, el ins-

tituto rival, y ahora mismo vamos dieciocho puntos por detrás de ellas. En la cancha local. Si perdemos este partido, no tendremos la oportunidad de redimirnos hasta que nos enfrentemos a ellas en el clásico de Navidad, por lo que las muy capullas nos llevarán ventaja durante los próximos dos meses.

Planto las zapatillas en la cancha e intento concentrarme en el juego defensivo. Estamos jugando uno contra uno, algo que normalmente se me da muy bien, pero hoy no me concentro, porque la rival a quien marco antes jugaba en nuestro equipo.

Además, da la casualidad de que es mi exnovia.

Tally Gibson ha sido la primera y única persona a la que he querido. Vino al instituto al principio del tercer curso, con la actitud de alguien de la gran ciudad y ganas de demostrar su valía tanto dentro como fuera de la cancha. La primera vez que hablamos, me tiró de la coleta y dijo que mi pelo rojo era el más bonito que había visto nunca. La primera vez que nos besamos, fue como si me atravesara una llamarada.

En resumen: me fascinaba.

Tally, por su parte, solo sentía amor por dos cosas. La primera era yo; la segunda, destacar. Tally quería ser alguien, pero eso le resultaba complicado en nuestro instituto, donde el equipo de baloncesto femenino tiene la misma relevancia que el club de costura. Yo sabía que ella quería algo más, pero, en mi mente, ese «más» ocurriría en un futuro lejano y sería algo a lo que nos enfrentaríamos juntas. Creía que pensábamos lo mismo hasta el día que quedamos para cenar y me dijo que iba a volver a cambiar de instituto... y que quería cortar conmigo. La carta oficial en que la Academia Preparatoria Candlehawk le daba la bienvenida estaba tan arrugada y desgastada que supe que llevaba semanas con ella encima.

En este momento, intento no mirar a Tally mientras recorre la cancha botando el balón con su nueva camiseta dorada, pero es como intentar fingir que el sol no existe. Se muerde los labios como si intentara mantener una expresión neutra, pero sé que le encanta llevar las de ganar en el partido: confirma todas las razones que tenía para cambiarse a un instituto con un programa de baloncesto mejor; un sitio donde por fin puede destacar.

Tally ocupa su lugar junto a mí más allá de la línea de tiros libres, manteniendo la distancia suficiente para recibir un pase de su nueva base. Entonces, como sin poder evitarlo, me echa una mirada.

«¿Estás bien?», articula. Intenta mostrar preocupación, pero a mí me parece más bien condescendencia. Giro la cabeza y me doy la vuelta. No quiero que sienta lástima de mí.

La base del otro equipo acaba de cruzar la mitad de la cancha cuando el árbitro toca el silbato. Danielle, mi mejor amiga, acaba de pedir tiempo muerto. Danielle es nuestra base, capitana y, básicamente, nuestra entrenadora a todos los efectos, porque la oficial no tiene ni idea. Se me acerca y me habla en voz baja antes de que se acerquen las demás.

—Tía... —Me lanza su típica mirada intensa—. Concéntrate. Ignórala.

Danielle sabe lo destrozada que me quedé cuando Tally me dejó y que todavía no me he recuperado del todo. Entre eso y lo competitiva que es, está dispuesta a ganar este partido a toda costa, aunque llevemos tres años seguidos perdiendo frente a Candlehawk. Perdemos la mayoría de los partidos, pero Danielle nunca deja de soñar con una temporada de victorias.

—Ya lo sé, de verdad —murmuro—. Tampoco tenías que pedir tiempo muerto...

Danielle resopla.

—No es por ti. —Se gira hacia el resto del equipo—. A ver, ¿reconocéis la jugada que están a punto de hacer?

La miramos fijamente. La mente de Danielle siempre va a toda máquina, identificando patrones y ritmos que el resto jamás vemos. De vez en cuando, desconecta totalmente cuando está intentando descifrar algo. Nuestros amigos lo llaman «Daniellevisión».

—La base hace un gesto con la mano cuando quiere que la alero y la ala-pívot se abran —dice entre susurros—. Van a correr a los laterales para distraer la atención de la bombilla...

Yo intento escucharla, pero no dejo de buscar a Tally con la mirada. Está en corrillo con sus compañeras nuevas, haciendo lo de agarrarse el tobillo y mantener el equilibrio sobre un solo pie. La primera vez que me burlé de ella por ese hábito, durante las pruebas del año pasado, me dedicó una media sonrisa y me dijo: «¿Cómo es que te fijas tanto en mí?».

Ojalá pudiera volver a ese momento. A los ojos celestes de Tally, a su sonrisa provocadora y a sus ganas de darle a este lugar, y a mí, una oportunidad. Ella aún no sabía que jugar en un equipo de baloncesto femenino que siempre pierde, en un pueblo suburbano pintoresco, no te convierte en absolutamente nadie. Yo todavía no sabía que lo de no ser nadie tendría que haberme molestado.

—... ¿Lo habéis entendido? —dice Danielle, enérgica y dándome un golpe en el brazo. Y de repente nos estamos colocando en nuestras posiciones y el árbitro toca el silbato, pero yo no tengo ni idea de lo que tengo que hacer.

Todo sucede demasiado rápido: la base rival hace la señal, la alero y ala-pívot se abren hacia las bandas, y Tally corre a bloquear a Danielle. Planta con firmeza los pies en el suelo y cruza los brazos; se convierte en una pantalla sólida que Danielle no

es capaz de sortear. Yo la persigo e intento alcanzarla, pero consigue despegarse fácilmente de Danielle y sale volando hasta la línea de tiro libre para recibir el pase de su base.

Para cuando la alcanzo, Tally ya ha tirado. Encesta el balón de forma limpia e impecable después de describir un arco perfecto que culmina en toda la red. La sección dorada del público (lo que describe a casi todo el público) ruge encantada. Una de los hinchas agita un cartel que dice: «¡¡Has-TALLY-nfinito y más allá!!». Me dan ganas de vomitar.

Tally sonrío y sus compañeras corren a chocarle las manos. Ahora nos superan por unos apabullantes veinte puntos y mi equipo no tiene ninguna posibilidad de remontar. Danielle me fulmina con la mirada y me doy cuenta de que seguramente me avisó de lo de la pantalla. Me encojo de hombros, a la defensiva; ella agita la cabeza y se apresura hacia la línea de fondo para que le pasemos el balón para iniciar otra jugada.

Es en ese maldito segundo, entre recoger el balón y pasárselo a Danielle, que pierdo la cabeza. Una de las jugadoras de Candlehawk, que está pegada a Tally, dice con una risotada:

—¡La pava esa ni te ha visto moverte! ¡No era capaz de alcanzarte!

La pava esa. Como si yo fuera un cero a la izquierda que no significa nada para Tally. Claramente, ha pensado que no valía la pena siquiera hablarles a sus nuevas compañeras de mí.

—¡Eh, gilipollas! —le grito a la jugadora de Candlehawk. Ella se da la vuelta, escandalizada, y también el resto del equipo, incluida Tally, que parece alucinar—. ¡Me llamo Scottie!

Le arrojé el balón como si estuviéramos jugando al balón prisionero y quisiera cargarme al equipo entero. Siento una satisfacción ardiente durante un segundo, pero entonces...

Piiiiiiiiip. El árbitro sopla el silbato y viene hacia mí a toda velocidad.

—¡Falta técnica! —grita—. ¡Conducta antideportiva!

El público empieza a abuchearme. Las jugadoras de Candlehawk me lanzan miradas hirientes de superioridad, excepto Tally, que me mira como si me hubiera vuelto loca. Mi entrenadora se queda paralizada en el sitio, seguramente porque no sabe bien ni lo que es una falta técnica.

Noto la mirada de Danielle taladrándome, pero me niego a mirar a nadie mientras me dirijo al banquillo. Los hinchas de Candlehawk siguen burlándose; nuestro grupito de hinchas locales guarda silencio. Yo hiervo de rabia, pero también noto que me invade una sensación de vergüenza. Me siento en el banquillo y mantengo la mirada fija en el suelo.



Perdemos por veintitrés puntos. Sé que no todo es culpa mía, pero no puedo evitar sentirme como una hormiga cuando nos ponemos en fila para estrecharles la mano a nuestras rivales.

Tally me mira cuando vamos avanzando en la fila de los apretones de manos; tiene una expresión de vergüenza ajena, como si quisiera esconderse de mí. Solo le he visto esa cara otra vez: la primavera pasada, cuando fuimos a nuestra primera fiesta de verdad en casa de alguien y la capitana de las animadoras llamó a la grúa para que se llevara mi coche por gastarme una broma cruel. Perseguí a la grúa por la calle, me caí, me hice daño en la rodilla y me eché a llorar. Tally me rodeó con los brazos, pero parecía querer acallarme en lugar de consolarme, sobre todo cuando la cantidad de espectadores

comenzó a aumentar. Recuerdo sentir que era a la vez demasiado y demasiado poco para ella.

Después de eso, renegué del grupito de los populares y sus fiestas, pero Tally siguió intentando unirse a ellos más que nunca. Nunca me lo confirmó, pero estoy bastante segura de que el incidente de la grúa fue la gota que colmó el vaso de sus ganas de inscribirse en Candlehawk; la dosis de humillación que necesitaba para empezar de cero con algo mejor.

—¿Scottie? —Tally me llama cuando me dirijo a los vestuarios con la cabeza baja.

Me quedo paralizada.

—¿Sí?

No llega a mirarme a los ojos.

—¿Me puedes esperar fuera?

Yo tomo aire bruscamente. Sé que no es buena idea, pero no puedo dejar pasar esta oportunidad de verla a solas.

—Sí, vale.

Asiente con la cabeza y se aleja. Yo sigo hacia los vestuarios, pero me detengo de golpe cuando llegan unas cuantas animadoras del gimnasio más grande que tenemos al lado. Seguramente han acabado de animar al equipo de los chicos. Noto que me pongo colorada, como me pasa desde el incidente de la grúa del año pasado, así que me agacho y finjo atarme la zapatilla hasta que el grupo pasa de largo.



Fuera, en el aparcamiento para los del último curso, me subo al muro de contención donde la gente suele fumar porros. Seguro que Tally me encontrará aquí, ya que las jugadoras de

Candlehawk se empeñan en aparcar en este sitio cada vez que juegan contra nosotras en casa. En un mundo distinto, Tally habría aparcado aquí todos los días, junto a mi decrepito Jetta verde, pero ahora aparca al otro lado del pueblo, en un océano de Range Rover y Escalade.

Es una noche fresca de octubre. La marquesina de la secretaría está iluminada con un color blanco resplandeciente, y las letras forman un recordatorio de que es la semana de bienvenida,¹ aunque alguien ha robado algunas letras y reemplazado otras y ahora dice BIENSALIDA. Mañana le dará algo al director, pero eso no impedirá que la gente siga cambiando las letras. Es una de las cosas que pasan por aquí.

Vivo en un pueblo que se llama Grandma Earl y está en Georgia. Es famoso por una tienda gigante, el Emporio Navideño de Grandma Earl, que la señora Earl abrió como hace un siglo para vender adornos de Navidad durante el año entero. Se convirtió en algo tan emblemático que al final dio nombre al pueblo. Es un sitio algo disparatado, pero a mí me encanta. Es mi hogar.

La mascota del instituto de Grandma Earl es el reno luchador: por eso tengo que llevar un uniforme de color rojo y marrón en la cancha. Es una gama de colores que no le sienta bien a nadie, pero que le sienta especialmente mal a una pelirroja pálida como yo. Es una de las cosas buenas de que no haya muchos hinchas en nuestros partidos: al menos, hay poca gente que me vea con esa pinta de boca de riego. Aunque tampoco me ha importado nunca, la verdad. Al menos, no solía importarme.

1 En EE. UU., los estudiantes de instituto dan la bienvenida al año escolar con el *Homecoming*, una semana de celebraciones en torno a octubre que suele incluir partido, baile y coronación del rey y la reina. (*N. de la T.*)

Candlehawk es el pueblo —o el municipio, como lo llaman ellos— de al lado, y son como el hermano mayor capullo de Grandma Earl: guais, chulitos y avergonzados de que se les asocie con nosotros. Compartimos frontera en las antiguas vías de tren, pero allí las cosas son muy distintas: elegantes, modernas, con todo lleno de sitios de café orgánico y mercados de lo más esnobs. Sus habitantes son adinerados, pero discretos, y de lo más hípster que hay. Se plantan en los partidos con sus gorros de lana azul marino y sus vaqueros desgastados de ciento cincuenta dólares, mientras que nuestra media docena de seguidores llevan camisetas viejas y pantalones con mil bolsillos. Cuando llega el descanso, en cualquier deporte, su público se burla de nosotros recordándonos la vez que un jugador de fútbol americano de Grandma Earl le hizo un placaje a otro de su mismo equipo en un partido del campeonato. Por eso, los carteles de Candlehawk dicen «A la yaya la atropelló su reno» cada vez que los dos pueblos compiten.

Odio que Tally se haya convertido en alguien de Candlehawk, pero tal vez tendría que habérmelo esperado. Le obsesionaba la apariencia de las cosas y las personas; salir con ella era como ver mi vida a través de un filtro fotográfico. A veces me gustaba la buena pareja que hacíamos, pero otras me parecía que la foto sin filtros no se sostenía por sí misma.

La puerta trasera del instituto se abre y me saca de mis pensamientos. Tally sale junto a varias jugadoras de su equipo nuevo. Tiene la cara radiante y ríe con fuerza, pero se detiene en seco cuando me ve.

—Hola —digo sin mucho entusiasmo.

—Hola. —Se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero y le dirige una mirada significativa a su séquito—. Dadme un momento, tías.

Las chicas de Candlehawk alzan las cejas. Ni se molestan en mirarme.

—Lo siento —murmura Tally, acercándose al muro donde estoy. Asiente con la cabeza a sus compañeras, que se alejan—. Me quieren convencer para que me compre una máquina de humo para... Eh... —Aparta la mirada y se encoge de hombros—. Para una cosa que voy a hacer en Halloween.

Yo parpadeo y trato de controlar mi expresión. «Una cosa que voy a hacer en Halloween». Eso quiere decir otra fiesta, una más entre todas las que ha celebrado desde que empezó a ir a Candlehawk. La falta de invitación me golpea casi físicamente, pero ya sabía que no iba a pasar. Intento no imaginarme qué tipo de disfraz llevará ni las fotos que publicará. Cuánta gente habrá en su casa y si beberán chupitos en la cocina donde hace unos meses hacíamos magdalenas.

—Avisa a la gente de que tenga cuidado con la esquina de la chimenea —mascullo.

Es un recuerdo íntimo: durante mi primera visita a casa de Tally, mientras sus padres no estaban, me hice un corte en la espinilla con el ladrillo cobrizo que sobresalía de su chimenea gigante. Tally me hizo de enfermera, encantada de darme mimos para que se me pasara el dolor. Esa vez no me había pedido que me callara, probablemente porque no nos veía nadie.

Me parece ver un destello de aprecio en la mirada de Tally, pero la aparta antes de que pueda confirmarlo.

—En fin. Vaya partido, ¿eh? No te había visto nunca tan cabreada. Creo que hasta has asustado a algunas de mis compañeras. —Suelta una risa falsa.

Siento vergüenza de nuevo. Cambio de postura en el muro y le pregunto:

—¿Y qué más da? ¿Es que saben quién soy?

Se muerde el labio.

—No lo sé. A lo mejor, por las redes sociales...

Me cabreo. Tally borró todas mis fotos de su cuenta el día después de que rompiéramos.

—Entonces seguro que no —digo, con toda la intención.

Tally se cruza de brazos.

—Tampoco tenías por qué tirarles el balón así. Si saben quién eres, no quiero que se lleven esa impresión.

—Ay, perdona por no dar una imagen lo suficientemente buena, Tally.

—Joder, Scottie —murmura, como si yo fuera la persona menos razonable del mundo—. Qué exagerada eres. Solo es un juego.

Me siento como si me hubiera tirado un cubo de agua helada por la cabeza, que me atraviesa la piel y me congela el cuerpo entero.

—¿Solo es un juego? —Me tiembla la voz—. Si «solo es un juego», ¿por qué te tuviste que ir a Candlehawk para jugar?

Tally suspira. El viento agita las hojas secas del asfalto.

—A ver, mira, no tengo ganas de discutir. Ya sabía que hablar contigo cuando estás alterada después de un partido era mala idea...

—No estoy alterada —digo, intentando controlar mis emociones.

Tally me desafía con la mirada.

—En fin...

Se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca una chapa de plástico del tamaño de un posavasos. La reconozco incluso antes de ver la foto.

—Quería devolvarte esto —dice, y me la pone en la mano.

Es mi chapa de baloncesto del tercer año, y tiene una foto mía con la camiseta hortera roja y marrón. Los ojos me brillan mucho. El instituto se las da a los deportistas para que sus familias y amigos las lleven a los partidos, aunque normalmente la llevan solo los jugadores de fútbol americano. El año pasado, Tally y yo nos intercambiamos las chapas. Yo me puse la suya en la mochila durante toda la temporada, dispuesta a contarle a todo el que me preguntase que era mi novia. No lo hizo nadie, pero yo estaba orgullosa de todas maneras.

Pero Tally nunca se puso mi chapa. A lo mejor eso debería haberme dado una pista.

—Pensé que querrías tenerla —dice—. Ya sé que este año te darán una nueva, pero no me parecía bien quedármela.

Parpadeo con rapidez e intento hablar...

Y, justo entonces, la puerta trasera se vuelve a abrir.

Salen las animadoras de Grandma Earl. Horrorizada, veo que quien va primero es la última persona del mundo con quien querría compartir este momento tan lamentable: Irene Abraham, la capitana de las animadoras. La chica que llamó a la grúa para que se llevara mi coche en la fiesta del año pasado.

Irene es la abeja reina por antonomasia: la chica más popular de nuestro curso, la reina indiscutible de los bailes de bienvenida y una auténtica pesadilla para los plebeyos que estamos en lo más bajo de la pirámide social. Es una chica preciosa de ascendencia india con ojos oscuros penetrantes y una cicatriz en la ceja de origen desconocido. Hace unas semanas, mi clase la votó a «Mejor sonrisa» y «Mejor pelo» en el anuario. Según dicen, cuando el equipo del anuario le pidió que escogiera uno de los dos títulos, ella dijo que mejor les pusieran «Inseparables

de la clase» a ella y su enemiga más acérrima, Charlotte Pascal. Y no estaba de broma.

Solo he hablado con ella dos veces en mi vida. La primera vez fue el primer año, en Educación Vial, antes de que subiera al Olimpo de la popularidad y cuando todavía era lo suficientemente maja como para prestarme un lápiz. La segunda vez fue la pasada primavera, en aquella fiesta, cuando le derramé el cóctel de arándanos sin querer encima del mono blanco que llevaba. Me dijo que no pasaba nada, pero una hora después llamó a la grúa. Todo el mundo salió de la casa para ver cómo se llevaban mi coche mientras yo corría detrás como una idiota. Solo me puse a llorar cuando tropecé, me desollé la rodilla y vi que todo el mundo se reía de mí. Irene estaba en el centro del patio con las manos en los bolsillos y una expresión fría en la cara: una reina despiadada e intocable.

Irene se detiene en seco cuando nos ve. El equipo entero se para a sus espaldas. Una de las chicas me pregunta si estoy bien. Desvío la mirada y deseo con todas mis fuerzas que sigan adelante.

—Sí, no pasa nada.

—Sí, está bien —confirma Tally, casi como si quisiera disculparse por someterlas a esa visión.

Noto como Irene me vuelve a mirar, pero la ignoro. ¿A qué espera? Supongo que capta la indirecta, porque se ajusta la bolsa en el hombro y sigue caminando hacia el aparcamiento.

—¿Venís o qué? —dice a sus amigas—. Tengo cosas que hacer.

Me lanzan una mirada de reojo, pero después siguen a Irene.

—Nosotras deberíamos irnos también —dice Tally.

«Nosotras». Como si siguiéramos juntas. No me muevo; es la única forma de rebelión que me queda.

—Siento que el partido no haya ido como esperabas —dice Tally—. Buena suerte para el resto de la temporada.

Duda un momento y después me da un beso en la mejilla. Luego, se aleja.

En ese momento lo decido: haré todo lo que esté en mi mano para derrotar a Candlehawk —y a Tally— cuando volvamos a jugar. Haré lo que sea para demostrarle que irse de Grandma Earl —y dejarme— ha sido el peor error de su vida.



Mi Jetta decrépito, pero fiable, es como mi bebé. El cuero de los asientos está agrietado, el portavasos es perfecto para un termo de café y el interior huele, misteriosamente, a ceras de colores. Era el coche de mi hermana mayor y, cuando lo heredé, le puse una pegatina de un trébol de cuatro hojas en la palanca de cambios para desearme suerte. La contribución de mi madre fue una medalla de San Cristóbal, el patrón de los viajeros, que ahora cuelga del espejo retrovisor y se agita cuando doy una curva cerrada.

Tiro la bolsa en el asiento del copiloto y me siento en el del conductor. Durante un segundo me quedo ahí, con la chapa de baloncesto en la mano, mirando a esa persona que ya no me parece ser yo. Después arranco el coche, me pongo el cinturón y conecto el teléfono al viejísimo cable auxiliar.

Salgo de mi plaza y pongo la música a todo volumen. A lo mejor, si *Purple Rain* suena lo suficientemente fuerte, se me calma la amargura que noto en el estómago. Recorro el laberinto del aparcamiento ardiendo de ganas de llegar a casa.

Y entonces veo que el coche de Tally sale pitando del aparcamiento. El mismo Ford Escape rojo donde nos enrollábamos

después de clase. No lo había vuelto a ver desde el día que me dejó. No puedo evitarlo: estiro el cuello para verlo mejor.

Como tengo la vista fija en las luces traseras de Tally, no me fijo en el coche que está dando marcha atrás para salir de su plaza justo delante de mí.

CRAS.

Doy una sacudida hacia delante en mi asiento al chocar con la parte trasera del otro coche.